

## 5. "Opiniones sobre la vida argentina": alma nacional y popular

Si en la primera parte del libro se había descrito la sensibilidad hiperestésica y neurótica del poeta, de clara filiación decadente; en la segunda las descripciones que prevalecen son de tipo biologicista, como lo serán las descripciones de los personajes -particularmente los femeninos- en las novelas de Gálvez, alineadas en una tradición naturalista conocida entre el público por las novelas de Cambaceres, pero también por las de Zola, que se incluían en las colecciones populares. El diagnóstico sobre la realidad estará hecho en términos médicos y la receta para curar los males será la única que puede producir un poeta en los términos en que es presentado: recuperar "la vieja alma nacional" en términos que recuerdan la "Energía nacional", de Barrès<sup>29</sup>. Naturalismo y decadentismo se habían desarrollado en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX como posturas estéticas que respondían al clima de *fin de siècle*. La visión pesimista del naturalismo, su mirada sobre la descomposición del tejido humano y social, encajaba perfectamente con la decepción decadente frente a un mundo en que los avances de la ciencia mostraban los fracasos de la razón. Sin embargo, el decadentismo en Francia entró en crisis precisamente después de los enfrentamientos entre Zola y Barrès a raíz del caso Dreyfus, cuyo punto culminante fue la publicación en el periódico *L'Aurore* de la famosa carta de Emile Zola "J'acuse", el 13 de enero de 1898. La actitud de Zola marcó una nueva concepción de inte-

---

<sup>29</sup> Barrès publicó sus tres novelas reunidas bajo el título de *La energía nacional* en 1897, 1900 y 1902, en plena polémica con Zola por el *affaire Dreyfus*.

lectual comprometido con la defensa de valores humanos en oposición al poder político<sup>30</sup> . .

Gálvez escribe en un momento en que la discusión sobre el lugar del intelectual está presente y asume la posición de Barrès. Sin embargo, así como incluye en *El diario de Gabriel Quiroga* tanto el decadentismo proclamado en *El enigma interior* como el hispanismo de *Sendero de humildad*, utiliza las técnicas descriptivas aprendidas en las novelas naturalistas para expresar el rechazo a la materialidad, que sin embargo se convierte en matriz descriptiva y explicativa. Cabría preguntarse hasta qué punto la concepción biologicista del naturalismo contribuyó a su lectura reaccionaria, pero en Argentina esta traducción ya había sido realizada por Cambaceres y Gálvez no tiene más que continuarla.

En consecuencia, una inversión opera sobre los términos nacional y popular. Aunque energía nacional es un sintagma que se toma prestado para reivindicar el incendio de las imprentas anarquistas durante los "festejos" del Centenario (p.233), la búsqueda de lo nacional está signada a lo largo del libro por la unión entre Buenos Aires y el interior, entre los pueblos del litoral y los pueblos del llano, y hasta por el reclamo de tolerancia (p.158) y de fusión de razas (p.183). Por otro lado, al elemento nacional se le agrega la búsqueda del alma popular cuando Quiroga especula con una guerra contra Brasil que -entre otros beneficios- ahuyentaría la inmigración, y cuando reclama "*expulsar del país a todos los apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas sociales internacionalistas*" (p.

---

<sup>30</sup> "Los *dreyfusards* convirtieron al adjetivo *intelectual* en un sustantivo. A partir de entonces adquirieron presencia y poder. Tres años después de la condena a Dreyfus crearon la Liga por los Derechos del Hombre", Aguinis, 1994.

68). El ingrediente popular viene a justificar, en el último caso, la violación de la Constitución y de "ciertos deberes humanitarios" (p. 68) frente a una amenaza tan ilusoria como la penetración del protestantismo. La reacción de Gálvez cuando siente atacada la religión católica por la presencia extranjera, da la medida de cómo los sentimientos populares serán esgrimidos por movimientos nacionalistas posteriores, con los que *El diario de Gabriel Quiroga* establece un diálogo que aún no encontraba su lugar en el "nacionalismo cultural" de 1910.

### 5.1. La capital contra el interior. La fisonomía imposible:

Frente al desarrollo descontrolado de las ciudades, una de las respuestas que ensaya la literatura de consumo masivo es la publicación de "fisiologías", las que operaban como recurso tranquilizador frente a una realidad de por sí inquietante e inasible. Benjamin considera este género "la escuela superior de los folletones"<sup>31</sup> y reconoce una evolución desde las fisiologías de los tipos a las de las ciudades y los pueblos. Estos tres tipos de fisiologías (nombradas como "fisonomías", pero con las mismas particularidades que describe Benjamin) son practicadas por Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga*.

La primera anotación del diario, que es una exhortación a reconquistar la vida espiritual del país, se basa en la descripción de un nosotros vago bajo la figura de un adolescente que ha desarrollado demasiado su cuerpo y necesita desarrollar su espíritu, a partir de ahí comienza la disociación de ese

<sup>31</sup> "El flâneur", en Benjamin (1972), p.p. 49-83

"nosotros" en un "ellos" (los cosmopolitas, los inmigrantes) que han desarrollado culposamente los bienes materiales, y un "nosotros" (los poetas del interior) que pueden aportar la cuota de espiritualidad necesaria.

Establecida la función del interior como depositario de la energía nacional perdida, el segundo año de anotaciones del diario se ocupará de presentar a ese país "verdadero": es en las anotaciones de 1908 donde prevalecen las fisonomías de tipos y de ciudades.

Dotado de un gran poder de observación que espera desarrollar en sus novelas (*La maestra normal* ya figura entre sus planes), Gálvez escribe sobre el poeta de provincia, la literatura abogadil, y las diferentes fisonomías de los pueblos del litoral y los de tierra adentro.

La descripción de "tipo" más acabada es la del poeta de provincia (p.p. 168-172), "*José Fernández, poeta, periodista, orador, crítico, novelista y filósofo*". Las semejanzas con Gálvez son notorias, incluso desliza una nota biográfica: "*descubrió hace tres años el decadentismo*"; considerando que la anotación está ubicada en 1908, correspondería a 1905, año que Gálvez pasó en Europa y donde descubrió, según nos muestra la construcción del personaje Quiroga, el decadentismo. Por supuesto, la intención de Gálvez no parece ser que se lo identifique con José Fernández, y en ese sentido la distancia insalvable que los separa son los libros publicados, "*Finalmente, diré que Fernández no ha publicado libros ni falta que le hacen*". La actitud autoparódica (en tanto refiere su propia escritura) aparece varias veces en el libro. Quiroga escribe sobre los abogados que escriben y Gálvez no sólo es abogado, sino que su tesis doctoral "*La trata de blancas*", que servirá de base para *Nacha Regules*, contiene en sí misma mu-

chos componentes explícitamente literarios. También ironiza sobre los jóvenes que escriben en periódicos y sobre los intelectuales que viven de empleos públicos, situación que comparte con Lugones. Más que una hipotética e improbable autocrítica, encuentro en estas ironías el uso antes señalado de la polémica oculta. Manuel Gálvez es uno de los escritores que más tinta ha dedicado a la defensa de su obra y éste parece ser el motivo que lo impulsa a la autoparodia: presentar todos los ataques que presiente en el entorno para responderlos de antemano. Si él puede ser leído como un *"símbolo, cumbre y exponente de la literatura y el pensamiento provincianos"* (p. 172), quiere dejar sentado que ya pertenece a Buenos Aires por derecho de parentesco y a la Literatura por derecho de publicación. Si su literatura puede parecer de maestro normal o de abogado, adopta una posición crítica que supone un grado de distancia con respecto a esas estéticas a las que, sin embargo, no deja de adherir.

El manejo de los "tipos" parece colocar al autor al margen de su inclusión en alguno de éstos; la fisonomía de las ciudades, por otra parte, provee un modelo de representación. Este modelo da respuesta a una situación inquietante de la gran ciudad: los nuevos sonidos que reemplazan a los sonidos familiares. A la situación generalizada de la preponderancia de la experiencia visual sobre la auditiva que implica el desarrollo de los medios de transporte público (los que colocan a las personas en situación de observarse por horas sin dirigirse la palabra) se suma el vocerío que produce en Buenos Aires el cruce de dialectos, particularmente italianos, en una ciudad en la que -hacia principios de siglo- era más frecuente escuchar un pregón en "cocoliche" que en español, y donde había comenzado a prosperar una jerga mezclada que ya diferen-

ciaba el habla porteña de la del interior, más castiza. Esta habla había comenzado a ganar espacio en el teatro, no sólo en los sainetes sino en las representaciones circenses de *Juan Moreira*, cuya fama Quiroga lamenta (p.p. 225-227). Frente a este fenómeno característico de Buenos Aires, Gálvez ejerce la crítica musical para referirse al alma nacional que duerme en las provincias: "*Las canciones y las tonadas de los bailes del pueblo son una verdadera emanación del alma popular*" (p. 126). Lo que sigue es la defensa de las tonadas del interior, que a pesar de ser interpretadas en quichua por indios "*fueron compuestas, seguramente, por blancos o mestizos*" porque los indios "*como se sabe, carecían de música*" (p. 121). En oposición está el tango guarango y cosmopolita, que sólo es apropiado para acompañar borracheras (p.p. 129-130).

Lo que desconcierta e inquieta a Gálvez es la cara proteica de Buenos Aires. Mientras en las provincias el tiempo de los cambios es más lento y se mantiene una lengua más estable, en Buenos Aires no se puede ensayar clasificación alguna: Buenos Aires no tiene fisonomía ni tiene lenguaje, por lo tanto no tiene literatura (p. 183). La respuesta que Gálvez prepara para sus novelas (y que ensayó en *Sendero de humildad*) es escribir la fisonomía de las ciudades de provincia, donde todavía se puede escuchar la tonada de la voz y los porteños son vencidos por la fortaleza del ambiente. Sin embargo, en las novelas, el fisionomista será reemplazado paulatinamente por el maestro, y el lenguaje que usará será el lenguaje neutro de los manuales escolares, modelo de unificación nacional para la época.

## 6. El final del comienzo